

January 2007

Tesoro de los buenos lectores

Fernando Vásquez Rodríguez

Universidad de La Salle, Bogotá, vacademi@lasalle.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

Citación recomendada

Vásquez Rodríguez, F. (2007). Tesoro de los buenos lectores. Revista de la Universidad de La Salle, (43), 14-24.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in Revista de la Universidad de La Salle by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

Tesouro de los buenos lectores

Fernando Vásquez Rodríguez¹

Sabemos que un tesouro, al menos en las ciencias de la información, es un repertorio de palabras clave o representativas de un tema o una disciplina particular. Pero también nos es cercana la idea de que un tesouro es un conjunto de objetos valiosos, una antología de alhajas, un cofre guardián de nuestros más queridos tesoros. Miradas así las cosas, pretendo en las siguientes páginas exponer un listado de palabras-joya que bien pueden servir o mostrar todo su valor al momento de emprender una lectura. Estas preseas conceptuales, descritas muy a la manera de recomendaciones o empleo de uso, pueden también entenderse como una propuesta didáctica para la cualificación y mejora de los procesos lectores. Y por tratarse de una obra de pedrería pido, a los ojos que miren este escrito, disponer del tiempo necesario para apreciar los términos con su respectiva filigrana, puesta a manera de notas al pie de cada página.

ABDUCCIÓN: Modo o manera de leer según la cual las diversas partes de un texto son como pistas para descubrir el sentido. Los buenos lectores aprenden a leer abductivamente y, por ello, siempre hallan indicios en cualquier parte de los textos, como Sherlock Holmes o como Dupin, el detective de Edgar Allan Poe, o como el padre Brown, el clásico cura investigador de Chesterton. Otros buenos lectores llaman a este modo de leer, lectura inferencial. Pero lo más importante de esta manera de enfrentar los textos es que el significado de una palabra no puede entenderse de manera aislada; el buen detective lector sabe que esa palabra o esa frase o ese

verso, siempre está en relación con todo el conjunto, con toda la escena del crimen. Otra cosa de este modo de abordar la lectura, es que lo más pequeño, lo que a primera vista parece secundario o marginal, puede ser la clave para resolver el enigma. Nada puede dejarse de lado porque “según sea la observación de los pequeños detalles así surgirán las grandes inferencias”. Los buenos lectores saben leer abductivamente; por eso ven el libro o la página como un misterio, y cualquiera de sus lecturas se torna en una actividad de permanente sospecha².

¹ Profesional en estudios literarios y magíster en educación de la Universidad Javeriana. Actual director de la Maestría en Docencia de la División de Formación Avanzada, Universidad De La Salle.

² Si se desea profundizar en esta manera de leer vale la pena explorar varios textos. El primero, tal vez el más completo en esto de la abducción, es *El signo de los tres. Dupin, Holmes, Peirce*, de Umberto Eco y Thomas A. Sebeok (editores), Lumen, Barcelona, 1989. De este libro recomiendo dos artículos: el primero, una juiciosa y erudita exposición sobre los orígenes de la abducción, elaborada por el historiador Carlo Ginzburg: “Morelli, Freud y Sherlock Holmes: indicios y método científico”; el segundo, un artículo de Eco titulado: “Cuernos, cascos, zapatos: Algunas hipótesis sobre tres tipos de abducción”, en donde el autor pasa revista a varios tipos de abducción, entre otros, la hipercodificada, la hipocodificada, la creativa y la meta-abducción. Otro libro interesante es el del antropólogo Joseba Zulaika: *Caza, símbolo y eros*, Nerea, Madrid, 1992. En esta obra, centrada en analizar la semiótica, la simbólica y la erótica de la caza, el autor muestra ejemplos de lo que es leer indicios, ya sean huellas, ladridos u olores. Finalmente, son dignos de mención dos textos de Carlo Ginzburg: *Pesquisa sobre Piero* y *El queso y los Gusanos*, ambos publicados por Muchnik, Barcelona, en 1984 y 1986, respectivamente. Ejemplos magistrales de lectura de indicios, bien sea a partir de un cuadro (“La flagelación”, de Piero della Francesca), o de los testimonios de un molinero del siglo XVI enfrentado a la Inquisición (“Menocchio”).

BIBLIOGRAFÍA: Red de pistas dejadas por el autor para que los buenos lectores tengan acceso o reconstruyan las lecturas que lo llevaron a producir un texto o una obra. La bibliografía es el testimonio del escritor de su recorrido como lector. Desde esta óptica, no es bueno despreciar el listado de obras que aparece, por lo general, de manera alfabética o atendiendo a ciertas normas editoriales. Los buenos lectores, lupa en mano, van como auscultando esas referencias; las buscan en su biblioteca personal o las consultan en las bibliotecas mayores; se cercioran del contexto de donde ha sido retomada una cita o se abandonan a esos nuevos encuentros con otros libros hasta ahora desconocidos. La bibliografía cumple el papel del “ábrete sésamo”: deja abiertas las puertas para que entre nuestra curiosidad, para que podamos tomar esos otros tesoros descubiertos con anterioridad por el autor de las páginas que estamos leyendo. Para los buenos lectores, la bibliografía es una invitación al abordaje, un llamado al hurto de otras voces, un asalto admitido, un allanamiento preparado con la autorización y el beneplácito del mismo escritor. Por ser esto así, la bibliografía nos dice cuál es la tendencia o la línea de pensamiento del autor, qué tan actualizadas son sus fuentes, cuáles son esos “gigantes” sobre los que ha levantado su discurso y que retoma como criterios de autoridad... La bibliografía es un campo de lecturas a partir del cual gravita la existencia de un texto o una obra. Y los buenos lectores –que por lo general tienen espíritu de astrónomos– son capaces de ver o rastrear esas confluencias, esa influencias, ese juego de atracciones y repulsiones que es toda lectura.

BIBLIOTECA: Lugar para hacer que la lectura de un texto se vuelva un concierto con otros textos. Sitio para interconectar o vincular lo que estamos leyendo con su red particular de resonancias o ecos. Cuando se es un buen lector, la biblioteca deja de ser aquel espacio donde se piden en préstamo los libros, para adquirir otra dimensión más potente y más rica: escenario del diálogo con esas otras voces despertadas por nuestros ojos y nuestro cerebro al entrar en relación con el libro. Cuando leemos convocamos esos fantasmas o esas figuras aladas que andan a sus anchas en la biblioteca. Por eso es tan bueno ir a leer en ese espacio; porque para escuchar esas voces se requiere cierto silencio y cierta concentración del espíritu. La biblioteca es como un salón de acústica secreta: si uno afina la atención o la perspicacia muy seguramente podrá escuchar y entrar en relación con la inmensa familia invocada desde las palabras mudas de los libros³.

CAMELLO: Primer acercamiento lector a los textos, promulgado por Nietzsche y capitalizado por Estanislao Zuleta. Leer como camello implica dejarse habitar por el texto, asumirlo en la dimensión del “como está dicho”, ir palabra a palabra, párrafo a párrafo, sin dar grandes saltos u omitiendo información. Los buenos lectores saben que sin esta “adua-

na”, sin este asumir el texto en sus ramificaciones o matices, el rendimiento o los resultados del leer comportan pocos dividendos. Leer como camello implica trabajo, dedicación. El camello lector estudia el texto: emplea fichas, hace esquemas, redacta glosas, subraya y discrimina, consulta las fuentes referenciadas, reflexiona y relea. Los buenos lectores gastan un buen tiempo en esta tarea porque de ella depende la calidad de la comprensión textual, porque esa es la clave para descifrar el sentido o sustentar una interpretación. Si no se lee como camello, el texto será siempre un pretexto y el juicio sobre determinada obra no sobrepasará la mera opinión⁴.

CITAS: Guiños colocados en los textos a manera de provocación o zona de seducción para los buenos lectores. Las citas, aunque están puestas al final de la página o del texto, a pesar de presentarse en letra menuda, tienen multitud de encantos. En primera medida, a veces son los soportes de autoridad en que se apoya el autor; son, por decirlo así, el respaldo de otras voces de mayor tradición o más reconocimiento en un campo específico. En este caso, los buenos lectores revisan cuáles son esos referentes y construyen la genealogía de influencias o el itinerario de ideas seguido de cerca por el autor. Pero, además, las citas tienen para los buenos lectores otra finalidad: son nombres cautivantes, líneas insinuatorias, tentaciones de ir a otras fuentes. Las citas fascinan a los buenos lectores porque dejan entrever, con sus muy pocas palabras, un mundo desconocido, otras relaciones apenas sugeridas. Las citas conquistan por su discreción discursiva, por su cortada manera de aparecer en una obra. Y tal vez por su misma fragmentación es que invitan a los buenos lectores para que deseen ver todo el cuerpo textual del cual hacen parte. Las citas se comportan como besos furtivos de información, como escorzos de desnudos tanto más llamativos cuanto más ocultan ciertas partes. Los buenos lectores van siempre a la caza de citas⁵.

³ Véase mi ensayo “La biblioteca y sus metáforas”, en el libro *Oficio de Maestro*, Javegraf, Bogotá, 2000. “La biblioteca guarda secretos que se nos resisten: como laberinto que es, contiene pistas, señales, mas nunca terminadas, claras; los signos que arroja la biblioteca son siempre enigmas, preguntas”.

⁴ La metáfora original del camello, del león y del niño puede releerse en el apartado “De las tres transformaciones” del libro *Así habló Zaratustra*, de Friedrich Nietzsche, Alianza, Madrid, 1983. Retomando al filósofo alemán en su idea de las tres transformaciones por las que debe pasar el espíritu, Estanislao Zuleta adaptó dichas etapas a la actividad de la lectura. Mírese, “Sobre la lectura”, en *Sobre la idealización en la vida personal y colectiva*, Procultura, Bogotá, 1985. Afirmaba Zuleta: “No hay autores fáciles, lo que hay son lectores fáciles, que leen con facilidad porque no saben que no están entendiendo”.

⁵ Para lectores curiosos, y muy interesados en la historia, me parece sugestivo el texto de Anthony Grafton, *Los orígenes trágicos de la erudición*, Fondo de Cultura Económica, México, 1998. El autor pasa revista crítica a cómo nacieron las notas a pie de página, su utilidad y conveniencia. “Los historiadores sabios entienden que su oficio es como el arte del tejido de Penélope: las notas y el texto se unirán una y otra vez en combinaciones siempre distintas de patrones y colores”. De igual modo, pero situándose en el campo de la literatura, puede revisarse el libro *Polifonía textual. La citación en el relato literario*, de Graciela Reyes, Gredos, Madrid, 1984.

CLÁSICO: El lector avezado, el lector de grandes quilates, tiene que beber en las fuentes de las obras clásicas. Y lo clásico es aquello que se deja leer en cualquier tiempo; lo clásico es aquello que toca o pone en alto relieve los temas fundamentales de la condición humana. Por eso al leer las obras clásicas lo que hacemos es retomar el legado mayor de las generaciones pretéritas; es ganar tiempo para enfrentar el presente o avizorar el futuro. El lector de obras clásicas, además, se nutre de alimentos madurados por el tiempo, de libros que ya han pasado la aduana de la moda o lo novedoso. Pero además de contar con una buena reserva de alimentos para tener una salud cultural envidiable, el lector de estas obras va forjando un criterio, y un gusto para poder apreciar otros manjares, para ocuparse de otros asuntos diferentes a los machacados e insustanciales temas de la sociedad de consumo. El lector de obras clásicas es más apto para sobrevivir en tiempos de banalidad y aburrimiento masivo⁶.

DESCIFRAR: Trabajo cotidiano de los buenos lectores. Ejercicio de descubrimiento, de revelación del significado. Lo que los textos presentan, lo escrito en sus páginas, son apenas pistas o indicios –señales– de un mensaje cifrado o dispuesto como enigma a nuestra interpretación. Los buenos lectores, por lo mismo, saben que la lectura requiere de cierta paciencia de arqueólogo para escharbar en el sentido sepultado debajo de las palabras, y algunas dotes de adivino para entender o aclarar las variadas figuras producidas al combinarse determinados signos. La lectura no está en los textos; es algo que debe construirse o revelarse a partir de ellos. La lectura, al igual que un iceberg, muestra una mínima parte de significación en la superficie, pero su mayor cuerpo de sentido está oculto bajo el nivel del mar. De allí el cuidado que tienen los buenos lectores cuando navegan entre las obras o los textos; porque la lectura misma puede irse a pique, naufragar, al suponer erróneamente que lo visto ya es lo leído o que lo decodificado corresponde exactamente a lo comprendido. No hay que dejarse engañar: leer es descifrar y el desciframiento implica atender a los detalles, penetrar en la obra, sacar a flote relaciones, atar pistas, traducir de otros códigos, determinar los puntos esenciales, captar las variaciones y los matices de una idea, averiguar asuntos contenidos en otras referencias. En síntesis, descifrar es hacer inteligible lo que se lee; volver la lectura un acto de legibilidad. Tal vez por ello, los buenos lectores son, de alguna manera, criptógrafos⁷.

DICCIONARIO: Llave maestra para entrar a diversos castillos o visa perenne para atravesar muchas fronteras. El diccionario es para el buen lector no una sumatoria de signos sino un bazar de talismanes, un listado de puentes capaces de comunicarlo con mundos insospechados. Cuando se es un lector de calidad, el diccionario –por sí mismo– ya es motivo de pesquisa o de curiosidad. Basta abrirlo por cualquier parte para apreciar cómo proliferan los sentidos, cómo se multiplican las acepciones, cómo se imbrican las palabras cual si

fueran tejados o escamas de peces. Por lo demás, cuando el lector se apasiona por este tipo de libros, descubre que hay de variada temática y con diversos fines. El buen lector es lector de “thesaurus”, esos diccionarios especializados en donde se puede encontrar el concepto más extraño o la palabra que nunca asoma su nariz por las enciclopedias; o esos otros diccionarios, los etimológicos, encargados de llevarnos a los orígenes, a la genealogía fascinante de las palabras; o los diccionarios ideológicos, que más que ofrecer definiciones lo que proponen son campos de relación o semejanza, prestidigitación sinonímica. Los diccionarios, para un lector de calidad, son pórticos a ciudades desconocidas, pasaporte de letras para empezar ese viaje que es toda lectura⁸.

EPÍGRAFE: Pista significativa para los lectores sabuesos. Primer indicio colocado, por lo general, como “carnada” para el olfato del lector. Los epígrafes son guiños que el texto nos lanza, llamados para que acudamos a mirar el fondo de su estructura. El buen lector no los pasa por alto, no los ignora, no los considera información de poca monta. Por el contrario, el buen lector convierte esos epígrafes en motivo de meditación. Los epígrafes están hechos para que nuestra lectura se detenga. El epígrafe invita a pensar: ¿cuál puede ser la intención o con qué propósito el autor nos coloca esa inscripción arriba de la esfinge textual?, ¿hacia dónde nos quiere llevar o cuál es el horizonte señalado con esas pocas palabras de tamaño menudo?, ¿qué secreta fórmula se esconde en tan limitada frase? Los buenos lectores saben que en los epígrafes pueden estar condensadas las claves para la comprensión de un texto o de un voluminoso libro.

ESQUEMATIZAR: Estrategia de los buenos lectores para aclararse la totalidad de un texto. Reelaboración de lo leído no siguiendo la perspectiva del topo sino la visión del águila. Los buenos lectores, cuando esquematizan, ya no están siguiendo la lectura palabra a palabra, línea a línea, sino mi-

⁶ Además del ya estupendo libro de Italo Calvino, *Por qué leer los clásicos*, Tusquets, Barcelona, 1993, en donde el autor, a la par de proponer trece definiciones de lo que es un libro clásico (“Los clásicos son libros que cuanto más cree uno conocerlos de oídas, tanto más nuevos, inesperados, inéditos resultan al leerlos de verdad”), presenta ejemplos de lectura de obras como la *Odisea* o *La cartuja de Parma* de Balzac, recomiendo leer los pequeños ensayos de Kenneth Rexroth, en su libro, *Recordando a los clásicos*, Fondo de Cultura Económica, México, 1993.

⁷ Valga este punto como piedra de toque para convocar a los lectores a conocer la obra de Simon Sing, *Los códigos secretos*, Debate, Madrid, 2000. Un libro dedicado a rastrear la evolución de la criptografía desde la antigua Grecia hasta nuestra era del Internet. Dice el autor en la introducción: “Los descifradores de códigos son alquimistas lingüísticos, una tribu mística que trata de hacer aparecer palabras inteligibles de símbolos sin sentido”.

⁸ Invito a leer tres pequeños textos de Gabriel García Márquez. El primero es el prólogo al *Diccionario de uso del español actual “Clave”*, SM, Madrid, 2002; y dos más, recopilados en la obra *Notas de prensa 1980-1984*, Norma, Bogotá, 1995: “La vaina de los diccionarios” y “La mujer que escribió un diccionario”. El último artículo es una semblanza-homenaje a María Moliner, la autora de esa obra indispensable tanto para los buenos lectores como para los buenos escritores, *Diccionario de uso del español*, Gredos, Madrid, 1990.

rando el conjunto, la totalidad, la estructura base del texto o del documento. Esquematizar es transformar la organización del discurso abierto a nuestra curiosidad o interés: de una estructura repetitivamente horizontal se pasa a una composición en donde abundan los cuadros sinópticos, los mapas de ideas, los mapas conceptuales, los diagramas de flujo de la información. Como diría Joan Costa, los buenos lectores dejan de pensar en línea y comienzan a pensar en superficie. Las preguntas que movilizan esta actividad son del tipo: ¿cuáles son las ideas vertebrales del libro?, ¿en cuántas partes se presenta el texto?, ¿cuáles son las bisagras o articulaciones fundamentales?, ¿sobre qué retícula de base está montada la información? Al esquematizar, los buenos lectores emplean corchetes, flechas, óvalos y recuadros, conectores de enlace, líneas de convergencia, palabras clave, nodos de información... Todo ello para tomar distancia del texto, para alejarse de él y poder apreciar la figura escondida entre los detalles, aquella armazón de la cual dependen las palabras o los párrafos y que, en una primera lectura, apenas vemos como ruedas sueltas en el engranaje de las páginas⁹.

ESTRUCTURA: Búsqueda suprema de los buenos lectores, especialmente de los más analíticos. Pesquisa sobre aquellos aspectos o elementos articuladores de una obra o un texto. Indagación por los fundamentos, por los pilares a partir de los cuales se arma el andamiaje de la información. Los buenos lectores anhelan descubrir la estructura porque saben que, hallada esa columna vertebral, resulta más fácil diferenciar la información importante de la secundaria. Al encontrar esa estructura se jerarquiza el contenido de los textos, se comprende mejor la función de las diversas partes. La estructura proporciona, en gran medida, el planteamiento de fondo que se nos quiere presentar, los argumentos que se aducen para soportar una tesis, los puntos esenciales de una exposición o la historia de un texto narrativo. Por lo mismo, los buenos lectores enfocan sus esfuerzos a despejar el entramado, a hacer evidente esa retícula. Y esto es así, porque la estructura –como sucede con los edificios– está recubierta por los acabados y los adornos, por el estuco y la pintura. Los buenos lectores desbajan, echan cincel, quitan capas, despejan todo barniz del edificio informativo para apreciar la “obra negra”, para ver las bases o los soportes, para detectar la calidad de las vigas, para observar la disposición de los pisos o los niveles de los textos. A los buenos lectores, que también tienen alma de arquitectos o ingenieros, les anima conocer las fuerzas que organizan el significado de la obra, las columnas que sostienen la comprensión, porque saben lo riesgoso que es sucumbir ante el temblor de las primeras impresiones o los terremotos frecuentes del malentendido¹⁰.

ETIMOLOGÍA: Vicio o manía particular de los buenos lectores. Esta afición por indagar en el origen de las palabras surge del afán por descubrir el sentido primero de las mismas. De allí

por qué los buenos lectores aman las genealogías, se engollosinan con las variaciones y los cambios de sentido, disfruten con las derivaciones y las transformaciones del lenguaje. Los buenos lectores indagan en los lazos de familia de las palabras y las conciben como seres vivos que cambian con el pasar del tiempo y el asentamiento en determinado territorio. La etimología es, para los buenos lectores, una forma de intimar con la obra o el texto; una estrategia de interacción o un recurso para “tratar” la información no como una desconocida o extraña, sino como alguien cercana o partícipe de una misma descendencia. A los buenos lectores les interesa crear vínculos. No es cuestión de establecer relaciones pasajeras con las palabras, sino todo lo contrario: mirar cuándo nacieron, qué padres tuvieron, que hermanos participaron de su misma raíz, por qué peripecias de significado pasaron hasta llegar a ser lo que son hoy. Los buenos lectores acuden a la etimología para saber de primera mano con quién y cómo tratar la información. Y todo esto porque a los buenos lectores les preocupa saber cómo comportarse comprensivamente frente a determinada expresión y tener el suficiente tacto intelectual para responder de manera adecuada ante un giro o acepción lingüística. Por ser respetuosos en las relaciones con los textos, los buenos lectores ven la etimología como un juez de las posibles interpretaciones de una información o un árbitro atento a las dificultades de la convivencia del sentido¹¹.

⁹ El texto de Joan Costa al que hago referencia es *La esquemática. Visualizar la información*, Paidós, Barcelona, 1998. En esta misma idea de contar con estrategias esquemáticas para leer mejor, pueden consultarse dos libros: *Potenciar la capacidad de aprender y pensar*, de Antonio Ontoria y otros, Narcea, Madrid, 1999 (los apartados referidos a los mapas conceptuales, los mapas mentales, las redes conceptuales, los mapas semánticos), y el libro de Tony y Barry Buzan, *El libro de los mapas mentales*, Urano, Barcelona, 1996 (varias de las secciones dedicadas a la “cartografía mental”).

¹⁰ Amplia es la bibliografía sobre esta estrategia de buscar la estructura en los textos. Baste mencionar algunas obras, solamente como iniciación al tema: “La actividad estructuralista”, un ensayo de Roland Barthes en *Ensayos críticos*, Seix Barral, Barcelona, 1983 (“El objetivo de toda actividad estructuralista, tanto si es reflexiva como poética, es reconstruir un ‘objeto’, de modo que en esta reconstrucción se manifiesten las reglas de funcionamiento –las ‘funciones’– de este objeto. La estructura es pues en el fondo un *simulacro* del objeto, pero un simulacro dirigido, interesado, puesto que el objeto imitado hace aparecer algo que permanecía invisible, o, si prefiere así, ininteligible en el objeto natural”); una compilación, *Análisis estructural del relato*, con artículos de Roland Barthes, Umberto Eco, Tzvetan Todorov y otros, Coyoacán, México, 1998; y el pequeño pero esclarecedor libro de Jean Piaget, *El estructuralismo*, Cruz O, México, 1999.

¹¹ Además de los indispensables y completos diccionarios etimológicos de Guido Gómez de Silva, *Breve diccionario etimológico de la lengua española*, Fondo de Cultura Económica, México, 1991, y el *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*, de Joan Corominas, Gredos, Madrid, 1996, invito a degustar dos obras tan provocadoras como interesantes en esto de conocer el origen y evolución de las palabras: *Palabras con historia*, de Gregorio Doval, Ediciones del Prado, Madrid, 2002, y *Biografía de las palabras* de Efraín Gaitán Orjuela, Bedout, Medellín, s.f. Como un aperitivo, transcribo lo que dice Gaitán Orjuela sobre la biografía de la palabra sicario: “*Sica* en latín era el nombre de un puñal tan pequeño que se podía ocultar dentro de la mano. Con esto se evadía la prohibición de portar armas cortantes y no entraba en sospechas quien iba a ser perjudicado. *Sicarius* era el hombre que, burlando la prohibición, se servía de la *sica* para herir o matar a mansalva y sobreeseguro. Hoy la palabra *sicario* ha adquirido un significado todavía más denigrante y rastrero: indica al hombre que, por dinero, se hace instrumento de la venganza de otro, asesinando al enemigo de quien lo ha pagado”.

FICHAS: Útiles empleados por los buenos lectores para ir conversando o interactuando con el texto que están leyendo. Herramientas de trabajo para desestructurar o ver las piezas con que está hecha la obra de información. Las fichas o las notas son como pequeñas radiografías o instantáneas de interés a la par que avanza la lectura. Los buenos lectores las usan para abrirse paso entre la maraña de signos; las emplean para entresacar o poner en alto relieve una idea, una frase, una cita digna de recordación. Las fichas (que hoy en día pueden irse añadiendo a la pantalla o pegando al mismo libro) tienen la bondad de desmoronar la mole textual en fragmentos más manipulables para nuestro entendimiento. Eso, en un primer movimiento. Pero después, cuando acabamos de leer, las fichas operan como el cordel de Ariadna para Teseo, como referentes confiables para movernos en el laberinto de la lectura y lograr matar al Minotauro de la comprensión. Las fichas son amuletos, talismanes. Pequeñas piezas indispensables para no dejarnos apabullar por el monstruo de la gran obra o el libro extenso. Los buenos lectores andan con ellas, a veces transcritas o atrincheradas en un cuaderno; las intercalan, las barajan, las organizan de muchas formas y con diferentes códigos, confiados en que al tenerlas así –tan a la mano– surtan un efecto positivo sobre la comprensión de lo que se está leyendo. Por supuesto, los buenos lectores saben que esta fuerza comprensiva de las fichas reside en ese otro poder oculto de la escritura. Recordemos, una vez más, lo que nos enseñó Walter Ong: la escritura reestructura la conciencia. Entonces, nuestra comprensión aumenta si a la par que leemos, vamos escribiendo. Digámoslo fuerte: se lee mejor cuando se escribe o, si se prefiere, terminamos de leer cuando empezamos a escribir. Esa parece ser la razón de fondo que tienen los buenos lectores para usar fichas: aprovechar la potestad de la escritura para someter a la lectura y lograr con ello que declare sus más preciados secretos¹².

GLOSAR: Estrategia de apropiación textual. Acto mediante el cual la acción de los ojos se refuerza con el trabajo escritural de la mano. El glosar es traducción de un lenguaje que leemos a un lenguaje que entendemos. La glosa tiene la impronta de lo personal. Y se hace al lado, se coloca a la par del texto objeto de nuestra atención. El mundo propio de las glosas es el mundo de las márgenes. Y los buenos lectores, los que saben que leer es un diálogo permanente con la obra, las van escribiendo al mismo tiempo que van leyendo. La glosa fija esa etérea figura que tratamos de ir armando en nuestro cerebro a la par que vamos avanzando en la lectura. La glosa es certeza para el entendimiento; refuerzo para el aprendizaje. La glosa, hija de la escritura, somete la desatención o el olvido al yunque de la concentración y la memoria.

GUSTO: Disposición de ánimo para entrar en relación con los textos. Estado habitual de los buenos lectores. El gusto por leer se adquiere, se aprende, se madura como los buenos vinos. Los buenos lectores son enólogos. Catadores sibaritas. Los buenos lectores degustan muchos platos de información

para ir descubriendo en ellos dónde hay un sabor que los embelesa o un alimento acorde a sus más secretos apetitos. Los buenos lectores no se conforman con el menú de obras o libros patrocinados por la sociedad de consumo; prefieren platos de alta cocina o con mayor preparación. No es que se nieguen a probar esas degustaciones pasajeras, sino que su paladar tiene más opciones de sensación, más amplio el espectro del deleite. Precisamente, por ser refinados en sus gustos, los buenos lectores terminan por adquirir un olfato para juzgar la calidad de una obra, o se constituyen en verdaderos conocedores de los textos. Por supuesto, los buenos lectores han llegado a serlo porque han tenido la suerte de contar con excelentes iniciadores. Porque dependiendo de quién nos incite a determinar obra, o de cómo nos descubran esos nuevos mundos, así será nuestro gusto hacia la lectura. Si sólo hemos visto el leer desde las playas de la tarea o el compromiso escolar, si el único motivo ha sido el de la obligación, es muy difícil que la lectura convoque nuestro antojo o se convierta en una de las formas posibles de nuestra felicidad. Caso contrario, si los iniciadores han sido lo suficientemente seductores o han tenido el tacto adecuado para adentrarnos en el asombro de lo desconocido, seguramente nuestro deseo por leer será una actividad placentera, un goce buscado cotidianamente, una necesidad paralela a la de respirar o ingerir algún alimento.

HÁBITO: Requisito sin el cual es muy difícil convertirse en un lector de calidad. Condición para adquirir la experticia, el “olfato” o la sutileza lectora. El hábito, en asuntos de la lectura, sí hace al monje. Los buenos lectores adquieren dicho título porque se animan a leer un poco todos los días, porque destinan unos minutos para frecuentar el libro o buscar una revista o adentrarse en los mares de la internet. Los buenos lectores fortalecen sus músculos cognitivos yendo uno y otro día a los textos; ejercitándose en la relectura; transitando o visitando nuevas obras. Y cuando ese ejercicio logra su plenitud se convierte en un hábito de lectura. Entonces, ya no dependemos de la tarea impuesta o de la lectura obligada por nuestro trabajo. Más bien, ese hábito repercute en nosotros al igual que la necesidad del pan cotidiano o el sueño reparador. El hábito de leer conduce a descubrir el goce de leer: ese supremo estado de los amantes de la lectura.

ÍNDICE: Carta de navegación o mapa para los viajeros de la lectura. Ruta de viaje que amerita nuestro detenimiento. Los buenos lectores leen los índices mucho antes de adentrarse en la maleza textual. Los buenos lectores saben que los índices dan visión de totalidad, de conjunto. Los índices son

¹² Uno de los maestros en el uso de este recurso fue Roland Barthes. Convido a los lectores a que se regodeen con dos obras construidas a partir de esta estrategia: *Fragmentos de un discurso amoroso*, Siglo XXI, México, 1982; y *S/Z*, Siglo XXI, México, 1980. Dice Barthes: “Se puede llamar a estos retazos de discurso *figuras* (...) Las figuras se recortan según pueda reconocerse, en el discurso que fluye, algo que ha sido leído, escuchado, experimentado”. Véase también mi texto “Lexias para Cortázar. Un trabajo con unidades de lectura”, en el libro *La enseñanza literaria. Crítica y didáctica de la literatura*, Impres, Bogotá, 2006.

otras pistas para la lectura; quizá las pistas más evidentes y, por lo mismo, menos tomadas en cuenta por los lectores novatos. Pero el lector experto va primero a ellos, los analiza, los rumia, los recorre como el guía avezado o el navegante curtido por la experiencia. Después de esa operación de reconocimiento (porque el índice es un dispositivo fisonómico de la obra), el buen lector decide a donde ir, o por donde empezar su lectura. Cuando se es lector de índices no se empieza necesariamente por el primer capítulo. Digamos que los lectores expertos usan los índices como miradores de la geografía de un texto: allí una montaña, más allá un valle, hacia el oriente una ensenada... Después de otear el territorio (porque los índices son lugares de observación en lejanía) el buen lector ahora puede sumergirse en la lectura pues ya tiene claro dónde hay un río, donde está la cordillera o dónde el peñasco objeto de su búsqueda. Los índices economizan esfuerzos y, además, encaminan al viajero.

LEÓN: Segundo modo de acercarse a los textos, propuesto por Nietzsche y retomado por el maestro Estanislao Zuleta. Leer como león es interpelar al texto, hacerle preguntas, confrontarlo desde nuestro propio mundo, desde nuestras otras lecturas. Al leer así, convertimos la lectura en una práctica activa y no en un ejercicio pasivo de nuestra percepción. Cuando los buenos lectores leen como leones se involucran hombro a hombro con el texto: entreven otras rutas o caminos de comprensión, indagan en otras posibles conclusiones, se aventuran a ir más allá de lo dicho. Los buenos lectores asumen el texto como antagonista, como reto a la inteligencia o como provocación que invita al desciframiento. Si no se tiene este vigor de lectores leones muy fácilmente abandonamos el texto de larga extensión o nos dejamos avasallar por las palabras extrañas o el sentido que se resiste a ser atrapado por las redes de nuestra intelección. Los buenos lectores tienen paciencia de cazadores pero, además, poseen vigor para no arredrarse ante las referencias en otro idioma, o para releer muchas veces un mismo párrafo, sin desesperarse o claudicar. Cuando se es un lector león no se tiene miedo a adentrarse en la manigua de la información ni se está preso del afán por terminar cuanto antes lo que se está leyendo. Los buenos lectores son leones osados, y asumen cada lance o dificultad de la lectura como parte esencial de una odisea.

LIBRERÍA: Uno de los lugares favoritos de los buenos lectores tanto para encontrarse con colegas de afición —de carne y hueso—, como para compartir con ese coro silencioso de conocidos, acomodado en los estantes. La librería convoca, cual si fuera una asamblea de fieles, a los amantes de la lectura y de los libros; la librería es una especie de invitación, acordada de manera inconsciente; una asamblea citada por autores ya desaparecidos o por fantasmas encarnados en una obsesión. Los buenos lectores son visitantes asiduos de las librerías: las buscan, ansiando conocer el libro citado por el autor que están leyendo; las recorren, revisando de nuevo los anaqueles en busca de alguna “joya” escondida; las husmean, indagando

entre las novedades alguna reciente obra digna de su interés. La librería es para los buenos lectores una fiesta, un ágora, una congregación jalonada siempre por el ansia de seguir leyendo, por el deseo de conversar sobre lo ya leído, o por el vicio mismo de encontrar nuevas cosas para leer. A los buenos lectores la librería los atrae como un imán: por ella rompen la agenda de la rutina cotidiana, y en ella descubren un rincón donde además de degustar un café pueden leer —como si fuera un acto secreto— las primeras páginas de un libro recientemente descubierto. Si se quiere ser un buen lector hay que aprender a habitar este sitio, a tomarse un tiempo diferente al de la mera transacción económica. Porque la librería sólo ofrece sus misterios a aquel que asiste habitualmente a la tertulia muda establecida entre los libros.

LIBRO: Pequeño mundo silencioso que despierta y habla cuando se lo lee. Universo cifrado y, sin embargo, abierto al ojo curioso o indagador. El libro es el punto de partida y de retorno de los buenos lectores. Por momentos, como si fuera otra “tierra prometida”, sirve de llamado para hacer que salgamos de nuestras certezas; nos incita al viaje o la aventura; nos pone en situación de éxodo. Otras veces, el libro se asemeja a la Ítaca de Ulises, a esa tierra a la que se desea regresar porque contiene las enseñanzas más queridas, o el legado sabio de nuestros mayores. Los buenos lectores andan entre libros, se rodean de ellos; los buscan en todas partes; se duelen cuando encuentran uno mutilado; se afanan cuando no tienen dinero para adquirirlos; se regocijan cuando recuperan alguno que habían perdido. Y los libros, como perros fieles, crecen y se multiplican al lado de sus amos, conformando zigurats multicolores, o acomodándose unos junto a otros en los entrepaños de una biblioteca. Los libros se adhieren a la cotidianidad de los buenos lectores; invaden todos los espacios de sus residencias; reclaman un rubro dentro del presupuesto; levantan sus ojos mudos para que alguien les quite el polvo de sus párpados. Amor y cuidado a los libros parece ser el lema de los buenos lectores: buscarles un plástico para forrarlos, emplear el pegante para volver a empastarlos, usar un borrador de leche para quitarles las marcaciones en lápiz que algún bárbaro puso como si fueran *graffitis* escatológicos... Los buenos lectores son celosos guardianes de estos seres de información: precaución para no doblarles las hojas, atención para no mancharlos, tacto para no descuadernarlos, respeto para no usarlos de sombrilla o de asiento, veneración para jamás cercenarles alguna de sus partes. Los buenos lectores son los ángeles custodios de los libros¹³.

¹³ Cómo no rememorar la conferencia de Jorge Luis Borges en la Universidad de Belgrano, dedicada a “El libro”, en *Borges, oral*, Emecé, Buenos Aires, 1979; allí Borges empezó con un planteamiento memorable: “De los diversos instrumentos del hombre, el más asombroso es, sin duda, el libro. Los demás son extensiones de su cuerpo. El microscopio, el telescopio, son extensiones de su vista; el teléfono es extensión de la voz; luego tenemos el arado y la espada, extensiones de su brazo. Pero el libro es otra cosa: el libro es una extensión de la memoria y de la imaginación”. Y cómo no recomendar el texto “Libros”, en *Ensayos* de Ralph Waldo Emerson, Porrúa, México, 1990; o aquel otro de Michel de Montaigne, “De los libros”, en *Ensayos completos*, Iberia, Barcelona, 1968.

MÉTODO: Modo sistemático de sacarle el jugo a la lectura. Repertorio de estrategias para apropiarse de los textos. Cartas de navegación o esquemas potentes para organizar el trato comprensivo con las obras. Los buenos lectores cuentan por lo menos con varios métodos de lectura. Desde los más simples (encontrar las ideas principales y las secundarias), hasta los más complejos (identificar las transformaciones o establecer una configuración simbólica). Hay métodos cuyo eje son las palabras sueltas y otros preocupados por la totalidad del texto. Los buenos lectores saben que cada obra reclama un método especial; que cada tipología textual exige un método acorde a sus características. Que no se puede aplicar el mismo protocolo a todos los textos o todos los libros. Los buenos lectores saben distinguir, por lo mismo, entre un abordaje desde los símbolos u otro desde las estructuras; pueden percibir también los matices de una lectura en perspectiva fenomenológica u otra de orientación semiótica. Mejor aún, los buenos lectores cuentan con herramientas adecuadas para cada tipo de abordaje: matrices de recurrencias, redes paragramaticales, claves estilísticas, principios de simbólica, analítica conceptual, disociación de nociones, cuadros lógicos, pensamiento relacional... Los buenos lectores acuden a los métodos para aprovechar mejor su lectura. Más que sacrificar o perder la emoción inicial ante la obra, lo que pretenden es contar con ayudas de desciframiento para apreciar hasta el fondo la riqueza del texto, para no perderse nada de lo que guarda en sus entrañas. Más que talanqueras o cortapisas, los métodos son unos ojos auxiliares, otras alas para observar mejor los territorios de la lectura¹⁴.

NIÑO: Tercera manera de leer, propuesta por Nietzsche y recuperada por el maestro Estanislao Zuleta. Estadio de la lectura según la cual ya no se trata de asumir el texto como camello o de pelear con él, como en la etapa del león, sino de poder apreciar en el texto lo que tiene de original o propio. Los buenos lectores, cuando leen como niños, se dejan asombrar por aquello que tienen ante sus ojos; se extasían ante una tesis o una idea; se maravillan ante la estructura textual o con el tejido de filigrana hecho línea a línea, párrafo a párrafo. Los lectores niños asumen el texto como algo inédito o inesperado y, por lo mismo, merman sus precomprensiones, para lograr abandonarse al despuntar de la información, a ese retoñar de las palabras cuando son tocadas por la luz de la mirada. Los buenos lectores comprenden que de no actuar así, corren el riesgo de perderse lo singular de cualquier lectura, de ser sordos a ciertas propuestas o ciertos matices informativos, de pasar por alto sobre aquellos asuntos que, a primera vista, parecen insustanciales o ya conocidos. Los lectores niños son guiados por la curiosidad y sus acciones están gobernadas por lo inusitado. Los lectores niños son excelentes relectores, pues tienen una alta capacidad para reconocer en cada nueva lectura aspectos inadvertidos, giros velados, sentidos insospechados. Los buenos lectores aspiran a leer como niños para alcanzar el más alto grado de la lectura: ese estadio de la lectura como mero placer.

NOCHE: Ambiente ideal para que los buenos lectores lleven a cabo su trabajo. Horas propicias para que la lectura ande a sus anchas. Período en el que brillan con todo esplendor las letras o los signos de los textos. Los buenos lectores, aunque pueden leer a cualquier hora, prefieren hacerlo durante la noche porque sienten que en esa quietud o merma en la actividad del mundo exterior, hay una oportunidad para atrapar las silentes voces de las palabras. La noche es, para los buenos lectores, una aliada de la concentración. Y tal recogimiento es indispensable para que la lectura emerja plena y cabal como Venus de las aguas. Es en esa coagulación de la atención donde afloran los secretos de los textos; donde emergen las interpretaciones más inauditas; donde se revelan los enigmas de la Esfinge. La noche cohesiona, densifica, centraliza el entendimiento. Nada interfiere durante esos momentos la relación íntima entre el lector y la obra. Los dos pueden, ahora sí, comunicarse con ese murmullo leve de los ojos y las hojas. La noche es cómplice perfecta, celestina maravillosa para la lectura. De allí por qué los buenos lectores sean noctámbulos: entre más se acercan las horas de la madrugada, mayor es su deseo por seguir leyendo, más fuerte el hambre por terminar el capítulo o el final de la novela. La noche disuelve el sueño, ese enemigo orgánico de los buenos lectores. Es indudable: noche y lectura forman una simbiosis mágica. Ésta le presta a aquélla un telón de fondo, un escenario; la segunda le regala a la primera, unos actores y una historia. Por eso los buenos lectores son nocherniegos o, para ser más precisos, noctívagos¹⁵.

OJEAR: Una de las maneras que usan los buenos lectores para familiarizarse con el texto. Ejercicio previo antes de la inmersión en el libro; contacto inicial para dimensionar los ejes de coordenadas de una información. Mirada de conjunto o apreciación completa del territorio textual; actividad preliminar de sobrevolar la obra objeto de nuestro interés. Examen de tanteo, cálculo al ojo; práctica del “pasar revista”. Los buenos lectores, primero que todo, se detienen en la tabla de contenido o en el índice; se percatan de los capítulos o subcapítulos en los cuales está dividido el texto; leen “a vuelo de pájaro” algunos apartados; planean sobre la bibliografía como aviones caza de reconocimiento. Los buenos lectores, antes de dedicarse a la arqueología de la información, empiezan por ser agrimensores de los textos.

¹⁴ He aquí otro campo con una copiosa bibliografía. Sin embargo, un buen libro que muestra la variedad de métodos para aproximarse a la lectura es, precisamente, *Métodos de estudio de la obra literaria*, coordinado por José María Díez Borque, Taurus, Madrid, 1985. La obra contiene ejemplos de métodos formales, estructurales, semióticos, filológicos y simbólicos. En esta misma perspectiva puede ser útil revisar el texto de Nicolás Bratosevich, *Métodos de análisis literario, aplicados a textos hispánicos*, Hachette, Buenos Aires, 1980.

¹⁵ Si se quieren mirar varios ejemplos de cómo se ha cantado o celebrado la presencia de la noche, puede consultarse la antología comentada de Inés Posada: *La poética de la noche: La divina noche*, Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín, 2006.

PRELECTURA: Estrategia que usan los buenos lectores para abordar o aproximarse a los textos. Momento de reconocimiento o inicio de la relación con el libro o la obra. Los buenos lectores, antes de cualquier cosa, se toman un tiempo para mirar con esmero la portada, el índice o la tabla de contenido, el prólogo o la introducción, la fecha de edición, la editorial, la traducción, si es que es un libro editado originalmente en otro idioma. Los buenos lectores leen estas otras marcas o estos otros signos porque los consideran tan importantes como el grueso de la información a la cual se enfrentan. No piensan que sea pérdida de tiempo o una labor inútil. Muy por el contrario, creen que sin esa prelectura (esa ubicación de ciertos linderos de referencia) la inmersión en el texto puede llevar a grandes equívocos. Los buenos lectores no pasan por alto las primeras páginas de los libros y se fastidian cuando tienen que enfrentarse a textos huérfanos de origen o a fotocopias sin pasado o filiación. Los buenos lectores necesitan primero de unos miradores para apreciar el conjunto, antes de meterse de lleno en la lectura. Puesto de otra forma, los buenos lectores se asumen primero como aves, antes de comportarse como topos. ¿Es un libro reciente?, ¿cuándo y en qué país se editó por primera vez?, ¿cuánto tiempo transcurrió para llevarse a cabo la traducción?, ¿quién es el traductor?, ¿cuál es la editorial que avala esa edición?, ¿cuántas partes o secciones tiene el texto o el libro?, ¿presenta un índice analítico?, ¿muestra citas?, ¿qué autores son los referenciados?, ¿a qué género textual pertenece?.. Todas estas preguntas hacen parte de ese primer contacto con el texto. Son el protocolo de esa primera conversación con la obra. Los buenos lectores revisan y meditan, sobrevuelan el texto, para tomar confianza y así poder luego entrar a las intimidades de la información.

QUIJOTE: Patrono y ejemplo para los buenos lectores. Arquetipo del lector voraz, del que asume la lectura con la avidez y los riesgos de una pasión. Figura o símbolo de quienes encuentran en los libros una fuente de consuelo, de inspiración, de ensoñación o de aventura. Por querer emular al “hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor”, los buenos lectores se meten hasta la médula de los textos, viven en su carne aquello que leen, se identifican hasta el llanto o la carcajada. Como Don Quijote, se apropian de autores, de obras, citas y fragmentos, y los guardan en su memoria cual si fueran conjuros para así enfrentarse al Caballero de los espejos de la desesperanza, o convertirlos en lanzas de ingenio para derrotar a los gigantes de la vida cotidiana. Los buenos lectores están felizmente enfermos de tanto leer: una revista en la peluquería, un periódico de vieja fecha, un cómic desgastado y sin algunas páginas, los avisos callejeros, la letra menuda de los contratos y los tiquetes aéreos, los portales infinitos de la web... en fin, nada queda por fuera del ojo acucioso de los buenos lectores. Desde luego, hay preferencias y obsesiones. A veces las novelas o las biografías, o los textos de actualidad, o la

historia, la literatura o una temática específica de determinada ciencia. Pero independientemente del camino que elijan, los buenos lectores se obcecán, se encaprichan, se desvelan por empezar o terminar un libro. Los buenos lectores repiten esa consigna de su guía y maestro: “hay que leer hasta que a uno se le seque el seso”. Y muy seguramente así van a terminar sus días, doliéndose por todos los libros que aún no pudieron leer, pero a la vez satisfechos y contentos por las páginas que lograron disfrutar¹⁶.

RELECTURA: Actividad esencial para el aprendizaje, o al menos para incrementar los niveles de recordación. Los buenos lectores vuelven una y otra vez sobre lo leído; retornan a los antiguos subrayados; rememoran apartes o episodios de una obra. El buen lector no termina de leer el libro nunca. Toda práctica de lectura está subrayada por el “continuará”. La relectura tiene un tiempo diferente a aquel otro de la lectura inicial. Si en un primer momento íbamos de prisa y afanados por saber cómo terminaba o cuál era el propósito de un escrito, al releer vamos regodeándonos con el texto, reencontrándonos con él, reconociéndolo en sus recovecos o parajes secretos. La relectura es una actividad de “flâneur”, de caminante inverso sobre las calles de una obra. O, dicho de otra manera, el releer es una lectura centrada en los mojonos que el subrayado ha ido sembrando en el campo textual. Cuando los buenos lectores releen se reencuentran con antiguas ideas o con asuntos que sólo ahora –al tener la totalidad de lo leído– pueden comprender a cabalidad. Por supuesto, las mejores relecturas son las que se hacen después de un largo tiempo, cuando ya el libro nos parece extraño, cuando nos sorprendemos de nuestros mismos subrayados o hallamos ideas tan novedosas que nos asombramos de no haberlas tenido presentes en nuestro primer encuentro con tal obra. A los buenos lectores les gusta releer porque saben que cada lectura siempre será distinta; porque el ojo que lee no es un ojo mecánico sino un ojo preñado de mundo e historicidad; de experiencias, sentimientos y memoria.

RESUMIR: Actividad superior de nuestro entendimiento para captar lo esencial de los textos. Habilidad de los buenos lectores para extraer lo medular de lo que leen. Al resumir no

¹⁶ Cuántas reflexiones y escritos ha producido esta figura tutelar de los buenos lectores. Valga hacer mención de unas pocas obras: *Vida de Don Quijote y Sancho* de Miguel de Unamuno, Porrúa, México, 1996; *El Quijote y su laborinto vital* de Francisco Alonso-Fernández, Anthropos, Barcelona, 2005; *Viaje alrededor de El Quijote* de Fernando del Paso, Fondo de Cultura Económica, México, 2004; *El Quijote, un nuevo sentido de la aventura* de Estanislao Zuleta, Hombre Nuevo editores, Medellín, 2001; *Lectores y autores del Quijote (1605-2005)*, dos libros editados por Sarah de Mojica y Carlos Rincón, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, 2005... Don Quijote, el de Rubén Darío: “Noble peregrino de los peregrinos, / que santificaste todos los caminos, / con el paso augusto de tu heroicidad, / contra las certezas, contra las conciencias / y contra las leyes y contra las ciencias, / contra la mentira, contra la verdad... / ¡Ora por nosotros, señor de los tristes / que de fuerza alientas y de ensueños vistes, / coronado de áureo yelmo de ilusión! / ¡Que nadie ha podido vencer todavía, / por la adarga al brazo, toda fantasía, / y la lanza en ristre, toda corazón!”.

sólo tenemos que identificar cuál es la información pertinente sino que, al mismo tiempo, debemos eliminar la información ancilar o tangencial de un texto o una obra. Los buenos lectores usan las glosas para alcanzar este nivel de lectura. De otra parte, el resumir convoca a la escritura y ella, por sí misma, amarra lo que percibimos al botolón de lo comprendido o asimilado. Cuando escribimos el resumen vamos sabiendo en verdad qué tanto hemos captado o qué tan lejos estamos del sentido vertebral de un texto. Por lo demás, al resumir cambiamos de rol: de lectores nos convertimos en escritores, en productores de significación. Dicho nuevo papel hace que la lectura se asuma como una verdadera práctica de estudio en donde son indispensables las anotaciones, los subrayados, las glosas, los esquemas... Los buenos lectores, cuando resumen, repiten de alguna manera el proceso seguido por el escritor; y en ese forcejeo con la elección, organización y composición de las ideas, están los alcances superiores de esta práctica. Al resumir descubrimos la intencionalidad o el propósito substancial de un texto. Nos quedamos con lo indispensable, con lo necesario, con lo intrínseco de una obra. Los buenos lectores escriben resúmenes porque al igual que los perfumistas, aman destilar esencias.

RUMIAR: El buen lector no tiene un solo estómago. El buen lector sabe que la comprensión de lo leído depende de la “digestión” dada a la información ingerida. La rumia de los textos consiste en mantener un ejercicio permanente de reflexión a la par de nuestra lectura. Una vez terminamos de leer la idea o el párrafo, necesitamos pasar esa “hierba” informativa por los diversos estómagos de nuestro entendimiento. ¿Con qué podemos relacionar esas ideas?, ¿a qué filón de significado apuntan?, ¿por qué se retoman esos ejemplos? La rumia del texto nos obliga a interpelarlo; convierte la lectura en un trabajo de nuestra intelección. Al leer, vamos y volvemos al texto estableciendo un diálogo, una transacción de significados. Los buenos lectores no se atragantan, ni se preocupan por “acabar” los textos o las obras. Su modo de leer es más lento, con una intencionada preocupación por la masticación, por dar cuenta de lo que pasa entre una idea y otra, por triturar con las muelas de su entendimiento lo que van recogiendo indiscriminadamente con sus ojos. Los buenos lectores someten lo que leen a la panza de las consideraciones, al bonete del discernimiento, al omaso de los significados y al cuajar de la reflexión incisiva. Rumiar es el modo como los buenos lectores asimilan lo leído¹⁷.

SENTIDO: Aspiración mayor o conquista suprema de los buenos lectores. Esfuerzo por resolver lo que a primera vista se nos presenta como incógnita, duda o interrogante. ¿De qué nos habla el texto?, ¿Cuál es el motivo vertebral de la obra?, ¿Cuál es la idea principal? Y son tantos los posibles caminos, tantas las vías abiertas a nuestra mente. El sentido es un árbol con infinitas ramas y variados frutos. Pero los buenos lectores mantienen una regla espartana: ni amplifican ni

minimizan lo dicho. Los buenos lectores buscan el sentido pero siempre desde el yunque del texto. Eso demanda dos movimientos: uno, muy centrado en lo dicho, llamémoslo literal; otro, más descentrado, nombrémoslo analógico. O si se quiere, un recorrido lector preocupado por explicar el texto y otro, centrado en tratar de comprenderlo. El primer ritmo más de corte explicativo; el segundo, básicamente comprensivo. Esos dos movimientos perfilan la interpretación o el sentido del texto. Los buenos lectores proceden así porque conocen que el sentido es sinuoso, plural, escurridizo. El sentido parte del texto pero no es el texto; el sentido, aunque se basa en el libro, termina por desbordar la obra. El sentido hay que construirlo o, mejor, reconstruirlo. De allí por qué los buenos lectores amen la hermenéutica, esa disciplina alada de las interpretaciones. Los buenos lectores, siguiendo a Paul Ricoeur, se mueven entre la “voluntad de escucha” y la “voluntad de sospecha”. Gran oído y paciencia para recibir todo lo que el texto emite; vista aguzada y perspicacia para percibir los intersticios o las figuras de la mole textual. Desde esta óptica, el sentido es para los buenos lectores un enigma: algo por descubrir, algo que se va conformando poco a poco. Y para tal fin la abducción parece un método apropiado. Porque el sentido se va hilando con las pistas o los indicios que el mismo texto va dejando, como si fueran las moronas de Pulgarcito. Los buenos lectores van guardando esas pistas, las consignan en las márgenes de las páginas o en sus cuadernos de notas, las atesoran porque saben que el sentido es como un rompecabezas en donde cualquier pieza es fundamental para completar la figura definitiva. Los buenos lectores saben que una única pieza puede ser la clave para resolver el enigma¹⁸.

SÍMBOLO: Significado oculto, signo que remite a otros signos. Representación compleja que va más allá de las palabras. Enigma. Reto para los buenos lectores. Los símbolos, por ser ambiguos, pueden indicar o llevar a diversos parajes de significado; aunque están extendidos sobre la superficie de la información hay que excavar en ellos para develar su verdadera fisonomía. Los buenos lectores conocen esa sinuosidad de los símbolos, su laberíntica manera de manifes-

¹⁷ He desarrollado más estas ideas en mi ensayo “Los lectores rumiantes de Nietzsche”, contenido en el libro *Oficio de Maestro*, Javegraf, Bogotá, 2000.

¹⁸ Varias son las obras de Paul Ricoeur que pueden ampliar estas ideas: *Del texto a la acción. Ensayos de hermenéutica II*, Fondo de Cultura Económica, México, 2002 (particularmente la segunda parte: “De la hermenéutica de los textos a la hermenéutica de la acción”); *Freud: una interpretación de la cultura*, Siglo XXI editores, México, 1983 (del libro primero, el capítulo II: “El conflicto de las interpretaciones”). De igual modo, puede ser muy esclarecedor leer el texto de Umberto Eco, *Los límites de la interpretación*, Lumen, Barcelona, 1992; en especial el capítulo titulado “Intentio lectoris. Apuntes sobre la semiótica de la recepción”. Eco distingue allí entre el lector ingenuo, el lector crítico, el lector modelo y señala las posibilidades y los límites de la interpretación de textos. Propongo también un artículo personal: “La semiótica-hermenéutica. Una propuesta de crítica literaria”, contenido en mi libro *La enseñanza literaria. Crítica y didáctica de la literatura*, Kimpres, Bogotá, 2006.

tarse. Es que los símbolos por proceder siempre a partir de constelaciones o configuraciones (un símbolo está relacionado con otro y éste, a su vez, vincula a otros más) exigen que el lector se meta de lleno en el telar de Penélope; que pueda, con cuidado, desenredar la tela (percibir la urdimbre de la trama) y ver las costuras y los remates que soportan la riqueza del diseño. Los símbolos significan en red, eso lo saben los buenos lectores. Entonces, cuando se encuentran con ellos proceden de manera transversal, nunca directa. Los símbolos aluden, insinúan, avisan de algo, pero dejando un amplio espacio para la interpretación. Los símbolos se comportan como los antiguos oráculos: apenas señalan, o dictan sus vaticinios de manera cifrada, casi oscura. En consecuencia, los buenos lectores se vuelven hábiles para rastrear analogías, diestros para captar, como dice Jean Chevalier, la unidad de lo múltiple. Porque, además, los símbolos son “pluridimensionales”, son figuras policromas; poliedros donde cada cara es un espejo. Es evidente: los símbolos son la prueba mayor de los buenos lectores, y éstos, que ya tienen la paciencia suficiente para reconstruir las filigranas del sentido, asumen cada palabra como signo incompleto, como información necesitada de más información. Insistamos: para leer los símbolos se necesita aprender y desarrollar el pensamiento relacional¹⁹.

SUBRAYAR: Actividad de discriminación de la información. El buen lector sabe que su tarea no es sólo pasar los ojos por las hojas sino, fundamentalmente, distinguir el tipo de información objeto de su interés. De allí por qué subrayar sea una de las actividades básicas cuando se busca desmoronar la mole textual presente ante nuestra mirada. Desde luego, se subrayan ideas, frases completas, y no palabras sueltas. Se subrayan oraciones capaces de interpelarnos, bien porque nos parecen interesantes o porque generan en nuestra mente inquietudes, o porque definitivamente nos confrontan. Se subraya el texto para poner en alto relieve lo que a primera vista es liso o sin accidentes en su fisonomía. Subrayar es llenar de accidentes geográficos la página; darle profundidad, extensión, altitud. Y en esa misma medida, subrayar es darle jerarquía a la información captada. Los buenos lectores van discerniendo, seleccionando, separando las ideas. Cuando leen lo que en verdad hacen es tamizar la información; pasarla por muchos filtros. Por eso es clave usar varios colores para tal tarea: uno, centrado en la continuidad e interés del texto; otro, enfocado a poner en alto una pesquisa particular o un motivo especial que orienta nuestra lectura. En todo caso, los buenos lectores no se contentan con resaltar todo el texto con un mismo color. Los buenos lectores más que juntar, dividen; más que igualar, discriminan.

TÍTULO: Enorme aviso o pista mayor para adentrarnos en la lectura. Llamada de auxilio lanzada por el texto a nuestra atención con el fin de atrapar nuestro interés. Valla publicitaria situada al inicio o justo encima de la ruta lectora. Provocación suprema; incitación o seducción condensada en pocas pa-

labras. Los buenos lectores, ante los títulos, se comportan igual que Edipo frente a la Esfinge: los escuchan con sumo cuidado, adivinan las posibles respuestas, prefiguran el desarrollo de la trama. Los buenos lectores convierten los títulos en informantes o delatores del territorio textual que pretenden conquistar; los buenos lectores exprimen los títulos hasta sacarles el jugo de la anticipación de los significados; los buenos lectores meditan los títulos como si estuvieran resolviendo la fórmula de un oráculo. Pero los títulos a la par que muestran, en esa misma proporción ocultan. Por eso hay que detenerse en ellos y atender sus advertencias para evitar malentendidos; o seguir de cerca sus señales para ganar tiempo y comprensión en las peripecias del viaje lector.

VACACIONES: Tiempo deseado y reclamado por los buenos lectores. Época donde la lectura ejerce su poderío. Las vacaciones, que no son sino otro nombre del ocio, ofrecen la oportunidad para que la lectura mande a sus anchas, para que ejerza y satisfaga sus caprichos. A diferencias de sus congéneres, los buenos lectores en vacaciones es cuando más tienen trabajo. El negocio de los buenos lectores se multiplica en estos días. Y mientras sus semejantes andan desocupados, ellos no paran de ponerse al día con un texto que tenían abandonado o empezando esa obra que desde hace muchos años han querido leer. Las vacaciones son la primavera de los buenos lectores. Despreocupados de las demás obligaciones, lejos de la rutina de la manutención, ahora tienen todas las horas del día y todos los días de una semana (que ojalá fueran meses) para entregarse totalmente a sus más queridas urgencias: releer ese libro que por el afán o el compromiso escolar no se pudo degustar como se quería; escribir un pequeño ensayo, a partir de las notas dispersas de una determinada lectura; ojear la más reciente novedad bibliográfica, sugerida por un amigo o un maestro; escuchar música a la par que se descubre un poeta de alguna vetusta antología; ensoñarse recordando una frase que no se acaba de entender o dormirse con la imagen de un personaje de novela muy semejante a un familiar de carne y hueso; quitarse los zapatos y, tendidos en el lecho, mirar por la ventana del cuarto el cielo azul para seguirle la pista a la bandada de aves que la lectura puso recientemente en nuestra imaginación. Leer y releer. A sabiendas de que si se interrumpe la lectura, podemos luego volver a continuarla. Sí, eso parece ser lo esencial de las vacaciones; que la lectura puede seguir

¹⁹ Para una aproximación general a la lectura de los símbolos, invito a releer el ya clásico libro de Carl G. Jung, *El hombre y sus símbolos*, Aguilar, Madrid, 1979. Pueden ser útiles de igual modo el pequeño libro de Gilbert Durand, *La imaginación simbólica*, Amorrortu, Buenos Aires, 1968; o su obra magna: *Las estructuras antropológicas de lo imaginario*, Taurus, Madrid, 1982. Ahora, si se desea profundizar en la riqueza simbólica, me parece insustituible el *Diccionario de los símbolos* de Jean Chevalier y Alain Gheerbrand, Herder, Barcelona, 1986. Dice Chevalier en el prólogo a la obra mencionada: “El símbolo es bastante más que un simple signo: lleva más allá de la significación, necesita de interpretación y ésta de una cierta predisposición. Está cargado de afectividad y dinamismo”.

su curso como un río sin esclusas, que deambula juguetona como el viento, que corre jubilosa dando saltos de felicidad, abriendo sus brazos o sus páginas, sabiéndose libre. Las vacaciones: recreo espiritual de los buenos lectores²⁰.

WEB: Enciclopedia universal. Libro abierto al infinito. Juego de espejos de la información. Los buenos lectores acuden a ella pero no se contentan con ella. Los buenos lectores piensan que la Web es una caja de herramientas de primera mano, pero que dependiendo de la pericia del navegante puede convertirse en un canto de Sirenas, en un engaño de parecer muy informado. Los buenos lectores saben que la calidad de una lectura no depende sólo de la cantidad de información que se acumule, sino de la discriminación que se haga de ella, del criterio que se tenga para poder saber cuál es la más pertinente, la más necesaria, y cuál es puro farrago con apariencia de actualidad. La Web, con sus millones de puertos, todos ellos abiertos para el navegante en cuestión de segundos, hace que los buenos lectores opten por una lectura en profundidad más que por una lectura de extensión. Esto quiere decir que para ellos la lectura más potente reposa en el análisis, en la meditación, y no tanto en el sumar datos, recopilar artículos o enumerar listados de direcciones electrónicas. Leer es pensar y sopesar. Y tampoco la lectura es cuestión de velocidad: no se trata de leer más rápido, de aumentar el campo visual del ojo, sino de profundizar, de extraer con nuestro entendimiento las piedras preciosas de la comprensión. Dicha tarea, lo viven los buenos lectores, es lenta, meditada, de reiteradas cavilaciones. Leer es estudiar y discernir. La Web es un apoyo para los buenos lectores, un primer llamado, una respuesta inicial a las incipientes inquietudes, un andamio virtual para dar el primer paso hacia el significado de los textos. Mas no es en sí misma la solución al problema de la lectura o la única garantía de acceso a la información. De nada sirve comer y comer datos, si no se tiene a la par un estómago de rumiante capaz de digerirlos. Los buenos lectores son osados cibernautas pero construyen su lectura en las tierras firmes de la reflexión.

XEROCOPIAS: Réplicas de los libros o las obras. Objetos fantasma tan abundantes hoy en día que parecen ser el único medio para leer. Los buenos lectores no son defensores de estas grises y monótonas substitutas de los libros, entre otras cosas porque andan como náufragas en el mundo de la información, porque son muñones sin figura, retazos sin puntos cardinales. Es la obra completa lo que subyuga a los buenos lectores: la obra que tiene índice y tabla de contenido y notas y referencias; la obra que conserva esas primeras páginas que son como su registro de nacimiento; la obra completa, la que se deja apreciar de principio a fin, así no vayamos a leer sino uno de sus capítulos. Los buenos lectores por experiencia saben que si se pierde de vista la totalidad, es imposible comprender el sentido de las partes. O que si se confía demasiado en el recorte, en el facilismo de las xeroco-

pias, lo más seguro es la comprensión incompleta, sesgada o insuficiente. Pero si no les es posible tener acceso a la obra completa, los buenos lectores fotocopian todos esos otros elementos o señales de totalidad: las páginas de derechos, la tabla de contenido, el prólogo y, si existe, el índice analítico que ya es de por sí una lectura orientadora de la misma obra. Tales ayudas no rempazan el encuentro con el libro pero pueden contribuir a darnos una mejor semblanza de su identidad informativa. Cuidado, nos advierten los buenos lectores: las copias se parecen en algo al original, pero en la medida en que editan o cortan, en esa misma proporción omiten, excluyen, dejan de lado, prescinden. En una palabra: olvidan. Si los buenos lectores usan las fotocopias, lo hacen por pura necesidad, pero manteniendo la esperanza de que puedan más tarde conseguir o adquirir el libro, la obra original.

ZOOM: Ejercicio de ida y vuelta. De entrada y salida de los textos. Forma de proceder de los lectores expertos yendo de la parte al todo y del todo a la parte. Moviéndose de lo general a lo particular y de lo particular a lo general. El buen lector mira el bosque pero sin perder el árbol, y sabe que la interpretación de un texto requiere tener ojo de garza y, al mismo tiempo, ojo de águila. Los buenos lectores pueden explicar los detalles y también tienen la facilidad para saltar a la comprensión del conjunto. Los buenos lectores oscilan, son anfibios, nómadas. Así como pueden excavar hasta el fondo de una palabra, con el mismo ahínco pueden alejarse para apreciar la forma oculta en el conjunto. Los buenos lectores cambian de lente permanentemente: cierran para captar la fineza de un enunciado o el ritmo de una frase; abren, para apropiarse del paisaje o la composición total de la obra. Los buenos lectores saben cambiar de plano: primerísimos, para determinar el gesto o la marca de estilo; generales, para apreciar la época o el contexto, para dar cuenta de la cosmovisión oculta en cualquier obra. Un buen lector tiene mirada de acercamiento y lejanía: emplea el telescopio o el microscopio. Y tanto en uno como en otro caso, puede fascinarse con el microcosmos de lo pequeño o extasiarse ante la vastedad de las estrellas²¹.

²⁰ El maestro Italo Calvino escribió dos páginas sobre este mismo asunto: "Los buenos propósitos", en *Mundo escrito y mundo no escrito*, Siruela, Madrid, 2002.

²¹ Una obra digna de consultarse relacionada con este ejercicio de acercamiento y lejanía de la mirada es *Potencias de diez* de Philip Morrison y Phyllis Morrison, basado en el filme homónimo realizado por The Office of Charles and Ray Eames, Labor, Barcelona, 1984. Bello ejemplo ilustrado con fotogramas en donde puede apreciarse el enlace profundo entre la lectura del microcosmos y del macrocosmos. De igual modo pueden consultarse las dos propuestas visuales de Istvan Banyai, *Zoom y Re-Zoom*, Fondo de Cultura Económica, México, 1996 y 1999.